

“Entre la hermenéutica, la experimentación y la historia”. Reseña de Harvey Whitehouse, *Herencia. Los orígenes evolutivos del mundo moderno*. Barcelona: Debate (Penguin-Random House), 2025, 440 págs.

Mucho han caminado las ciencias sociales desde que Darwin analizara los valores religiosos y morales en clave evolutiva –en lugar de hacerlo en una teológica–,¹ y algo menos desde que Durkheim apuntara la idea –desarrollada y amplificada por una larga tradición en las ciencias sociales– de que las religiones promueven la solidaridad grupal y que el ritual colectivo es su núcleo central, el ingrediente que da fuerza y cohesión a esos lazos.² La interrelación de ambas tendencias ha sido crecientemente actualizada en las últimas décadas por unas ciencias sociales cada vez más interdisciplinarias, en las que algunos equipos compuestos por científicos cognitivos, biólogos, neurocientíficos, informáticos y académicos de diversas ciencias humanas se esfuerzan conjuntamente en desmentir la añeja y radical separación entre ciencias del espíritu y de la naturaleza.³ Una empresa interdisciplinaria de la que los historiadores tampoco han quedado al margen, si bien de forma aún incipiente.

Uno de estos científicos sociales que ha trabajado con modélica perseverancia en clarificar las variadas formas en que los rituales evolucionan en el seno de las sociedades humanas para dotarlas de identidades colectivas cohesionadas, es el autor de este recentísimo libro, *Herencia* –su primera obra traducida al español–. Harvey Whitehouse (Londres, 1964) es actualmente catedrático de antropología social de la Universidad de Oxford y director del Centro de Estudios para la cohesión social de la Universidad de Oxford (CSSC). Es, igualmente, uno de los fundadores de las Ciencias Cognitivas de la Religión (CSR), un enfoque en el que han terminado por converger los esfuerzos disciplinarios antedichos en un área de la investigación académica orientada al estudio de las religiones como fenómeno específica e inherentemente humano, tanto cognitivo como social. Sin embargo, es precisamente la orientación antropológico-cognitiva del libro –propensa al uso frecuente de una jerga espesa para los no iniciados–, junto con el hecho de estar publicado en la editorial Debate, en la sección “Libros de no ficción recientes para entender el mundo que te rodea”, compartiendo estantería con lo más granado de la divulgación socio-científica –con Yuval Noah Harari, como el más egregio de entre ellos–, lo que obliga a abrir la reseña con una suficiente introducción que justifique su publicación en una revista de historiografía.

Resulta indudable que Harvey Whitehouse (H.W. en adelante) se ha subido a ese transbordador que desde hace un par de décadas acostumbran a tomar algunos autores, para llevar a su audiencia desde la noche de los tiempos de la humanidad hasta el futuro del mundo en su conjunto, a veces con una exigua heurística como cicerone para el viaje, esgrimida para toda contingencia. Los ejemplos son demasiado conocidos para reiterarlos. Sin embargo, H.W. es un investigador veterano, de una gran originalidad y profundidad en sus investigaciones, tanto desde el punto de vista epistemológico como metodológico y está dotado de una rara imaginación en elaborar métodos con los que

¹ Charles Darwin, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (Madrid: Libros de la Catarata 2019).

² Émile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa* (Madrid: Akal, 1982).

³ Wilhelm Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu* (México: Fondo de Cultura Económica, 1944).

contrastar las teorías derivadas de sus observaciones. Además, en las dos últimas décadas, sus ideas han despertado un interés creciente entre diversos historiadores que escriben en lengua inglesa, especialmente aquellos dedicados a la historia de las religiones en todas sus épocas: prehistóricas, de la antigüedad grecorromana, de los periodos formativos del cristianismo, llegando incluso el interés al periodo de las reformas o de las sectas y a cultos sectarios de épocas más recientes. Ahora bien, tras cuatro décadas de contrastada experiencia como investigador, ha decidido tomar el camino de la divulgación.

En las páginas finales del libro, dedicadas a “agradecimientos” (pp. 389-391), H.W. sintetiza algunos de los rasgos que han distinguido su trabajo a lo largo de toda su vida, que en el libro aquí reseñado queda sintetizado en poco más de cuatrocientas páginas, y que, más allá del balance que de él hagamos tras su lectura, me apresuraré a decir que considero el suyo un proyecto modélico de investigación socio-científica, en su conjunto: reformulación constante de su propuesta teórica, desarrollada acumulativamente a lo largo de “casi cuatro décadas”; el desarrollo colectivo de su investigación, a través de la supervisión de “más de treinta estudiantes de doctorado y más de cuarenta posdoctorados” –la mayoría de los cuales participaron en las diferentes experiencias de investigación que aquí se describen–; su carácter permanentemente “transdisciplinar”, reflejado en la variada especialidad de cada uno de los personajes objeto de agradecimiento –algunos de ellos, coautores de libros y artículos escritos en colaboración–; y, finalmente, su vocación intersubjetiva, al someter a debate público sus ideas ante una comunidad socio-científica de una amplitud y variedad desasostumbradas, reflejada en varios libros y multitud de artículos en revistas especializadas. Sin embargo, *Herencia* presenta algunas novedades en la obra de su autor. Una de ellas es su vocación divulgativa. Otra, su inquietud por proyectar el resultado de sus investigaciones en el mundo presente y futuro, en aspectos tan diversos como la crisis climática, el capitalismo, la religiosidad *new age*, la publicidad, las redes sociales o los últimos movimientos terroristas, que ocupan diversos apartados en el tercer bloque de la obra, así como en su epílogo.

No incidiré en esta segunda novedad, ya que el futuro no es competencia del historiador –en cuyo provecho va dirigida esta reseña–, si bien al historiador del mundo actual pueden serle de interés no pocas de las investigaciones que en este libro se aportan. Más bien, me limitaré a comentar brevemente la dimensión divulgativa que surge en esta obra, que –como ya se ha apuntado–, parece pretender antes colocar el libro en las mesas de libros de ciencia más vendidos de las librerías que en las estanterías académicas de las universidades. Para hacernos una idea de la reorientación que este libro supone en la obra del autor, bastará comparar las intenciones explícitas de *Herencia* y contrastarlas con las de su anterior libro, *The Ritual Animal*,⁴ de tono mucho más académico.

Por ejemplo, en *The Ritual Animal*, en su introducción, queda claro desde el principio el tono estilístico de la obra, cuando H.W. afirma que:

Este libro se propone responder a esta pregunta [¿por qué se practican los rituales?] utilizando métodos científicos basados en un marco evolutivo que incorpora una evidencia que procede de investigaciones sobre el desarrollo infantil, de experimentos y encuestas de psicología de grupo, escáneres cerebrales, observaciones etnográficas, archivos históricos,

⁴ Harvey Whitehouse, *The Ritual Animal. Imitation and Cohesion in the Evolution of Social Complexity*. (Oxford: Oxford University Press, 2021).

descubrimientos arqueológicos, modelos basados en agentes y juegos económicos. La investigación que se analiza en los capítulos siguientes es la culminación de décadas de trabajo colaborativo en diversas disciplinas. El objetivo es descubrir las causas psicológicas, las trayectorias vitales, los desencadenantes ambientales, los predictores históricos y las funciones adaptativas del ritual en un marco comparativo, que abarca la evolución de los patrones culturales a nivel mundial y a lo largo de milenios (p. 2) [énfasis y traducción son mías].

En *Herencia*, el autor propone:

... un libro sobre esa herencia y sobre los peligros que comporta despilfarrarla Y es un libro que habla de cómo podríamos invertirla con más inteligencia en el futuro ... no es una obra de psicología evolutiva burdamente reduccionista que defienda que el comportamiento humano está de alguna manera determinado genéticamente. Es un libro que habla de cómo miles de años de evolución cultural han ido aprovechando y expandiendo nuestros prejuicios naturales, y de cómo esto nos ha permitido superar las limitaciones de la naturaleza y cooperar en sociedades de escala cada vez mayor. La evolución cultural ha aumentado y amplificado nuestras predisposiciones y susceptibilidades naturales. En combinación, esos dos procesos evolutivos –biológico y cultural– han producido el rico cúmulo de conocimiento y tecnología humanos que definen el mundo contemporáneo. (Énfasis añadido, pp. 15-16).

El cambio de estilo es evidente. Sin embargo, los contenidos de ambas obras son ampliamente coherentes. La diferencia estriba en una técnica de escritura fundamentada en una prosa más sencilla, directa y descriptiva y menos conceptual. En esencia, de un inteligente y abundante uso de la “memoria episódica” (autobiográfica) del propio autor, sin perjudicar por ello su “memoria semántica”. Es decir, un relato mucho más narrativo y autobiográfico de lo anteriormente desplegado en sus obras, de un modo en que el tiempo, los lugares y las emociones suscitadas por la reflexión sobre su propia obra de investigación se entrelazan con –y envuelven– los contenidos desarrollados a lo largo del relato de toda una vida de investigación socio-científica. Dicho en la terminología del propio autor, un sabio ajuste de cuentas entre lo *imagístico* y lo *doctrinal*, como le veremos argumentar en sus propias teorías.

La Psicología evolutiva y cognitiva como epistemología

Los inicios de H.W. fueron bastante convencionales, dentro de la tradición antropológica británica, realizando su trabajo de campo predoctoral, tras su licenciatura, entre los Baining de Papúa Nueva Guinea, un pueblo que ocupaba una extensión territorial reducida y dotado de una cultura impenetrable, ágrafa y extremadamente arcaica. Allí, entró en contacto con el movimiento *Pomio Kivung*, refractario a la introducción del cristianismo, frente a cuyo avance sus promotores habían levantado un culto iniciático, sostenido por rituales muy esporádicos, pero intensamente disfóricos, compaginados con otros rituales más convencionales y frecuentes. Esta experiencia le sirvió para caracterizar una distinción entre dos modos de religiosidad, basados en esta divergencia de práctica ritual que llamó respectivamente *imagista* y *doctrinal*. La formulación de esta observación tomó la forma de un modelo teórico que se vería desarrollado en sus dos primeros libros académicos,⁵ y que ha continuado perfilando en

⁵ Harvey Whitehouse, *Inside the Cult. Religious Innovation and Transmission in Papua New Guinea* (Oxford: Clarendon Press, 1995); y *Arguments and Icons: Divergent Modes of Religiosity* (Oxford: Oxford University Press, 2000).

un desarrollo acumulativo de la teoría durante gran parte de su carrera, sometiéndolo en su progreso a una intensa crítica intersubjetiva en numerosas publicaciones, y que pronto comenzó a formar parte del novedoso programa de investigación de las Ciencias Cognitivas de la Religión (CSR).

La principal aportación del enfoque de las CSR fue considerar las ideas y creencias religiosas en su condición más básica y esencial de conceptos parcialmente contraintuitivos –“causalmente opacos”, en la terminología de H.W.– y los rituales como prácticas conductuales, costosas y no funcionales, que, si bien están sustancialmente desconectados los contextos sociohistóricos en los que aparecen, su práctica no está desprovista de una lógica interna. Estas prácticas supondrían estrategias evolutivamente desarrollada para reforzar la credibilidad de ideas y creencias, a la vez que vincular emocionalmente entre sí a sus practicantes en torno a sus valores grupales. Es decir, crear comunidades de vínculos no consanguíneos lo más amplias y cohesionadas posible.

De este modo, el enfoque de las CSR permitió renovar el estudio de la evolución humana, al considerarla ahora conducida “no sólo por los genes”, sino también por las prácticas culturales –en este caso, específicamente, las religiosas. Es la llamada “Teoría de la Herencia Dual”, “Coevolución gen-cultura” o “evolución biocultural”,⁶ que complementa el evolucionismo pasivo de los individuos (Darwin), o más pasivo aún de los genes (Dawkins). Esta teoría se hermana con la teoría ecológica de los “nichos evolutivos”,⁷ que toma en consideración las modificaciones significativas que muchos organismos producen en los entornos en que habitan, las cuales les someten a nuevas presiones selectivas, a las que deben adaptarse evolutivamente para sobrevivir; tanto ellas como las especies con las que comparten el entorno –considérese el caso de los castores y las represas que construyen para visualizar mejor la idea. Visto desde este enfoque, no sólo se transmiten los genes, sino el “nicho ecológico” en su conjunto, en un ciclo interminable o definitivamente cancelado por la extinción. De este modo, la evolución se transforma en una competición selectiva entre especies junto con los nichos ecológicos permanentemente modificados en los que habitan.

Sin embargo, la conjunción de estas dos teorías donde cobra su verdadera dimensión y aplicación es en el proceso de hominización, habida cuenta del creciente desarrollo cognitivo de la especie humana, plasmado en constantes avances tecnológicos y, en definitiva, en una capacidad –insólita hasta entonces– de construir entornos modificados simbólicamente y dotados de significado, que permite a los grupos que los habitan una comprensión muy profunda y peculiar de ellos –consciente y reflexiva– y transmitir de forma acumulativa unos nichos profundamente transformados y, junto a ellos, las capacidades genéticas y culturales que los han producido. Esta es la parte teórica evolutiva que impulsa *Herencia*, el libro aquí reseñado, atravesando con sus ideas casi todos sus capítulos, a pesar de que el autor no siempre rinde el homenaje debido a sus autores más emblemáticos, citándolos en su bibliografía.

⁶ La literatura que dio base al desarrollo de esta perspectiva es ingente, pero citaré tan sólo tres obras que pueden considerarse fundacionales: Charles J. Lumsden, Y E. O. Wilson, *Genes, Mind and Culture: The Coevolutionary Process* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1981); Robert Boy y Peter Richerson, *Culture and the Evolutionary Process* (Chicago: University of Chicago Press, 1985); Dan Sperber, *Explaining Culture: A Naturalistic Approach* (Malden, MA: Blackwell, 1996).

⁷ J. Odling-Smee, K. Laland, y M. Feldman. *Niche Construction: The Neglected Process in Evolution*, (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2003).

En cuanto a su teoría de “los modos de religiosidad”, la propuesta de H.W. partía de la evidencia conocida por la antropología cultural convencional de la existencia de dos formas de concebir y practicar las religiones, una más tibia y rutinaria –a cargo de las masas– y otra más intensa –para especialistas, como clérigos, místicos y ascetas–. El modelo formulado por HW descomponía la experiencia religiosa, para su estudio, en doce variables –cinco psicológicas y siete sociopolíticas– a fin de categorizar las religiones conocidas especialmente según su forma de percibir las experiencias, de transmitir las o de las repercusiones sociales y políticas generadas en las sociedades afectadas por cada tipo. La novedad fundamental de su modelo era caracterizar de una forma rica y distintiva las dos modalidades de religiosidad de su teoría. Otra aportación teórica importante, derivada de su interés en la incidencia de la transmisión religiosa en los sistemas culturales, fue relacionar esas dos modalidades (*imagística* y *doctrinal*) con las dos formas de memoria a largo plazo: memoria episódica y semántica, tal como habían sido descubiertas y descritas por la psicología social.⁸ De este modo, los intensos y disfóricos rituales imagísticos estarían destinados a impresionar fuertemente la memoria episódica, generando recuerdos autobiográficos, sobre los que cada miembro del grupo desarrollaría una intensa y recurrente exégesis, induciendo una gran cohesión en el grupo de participantes de tales rituales a través de ese recuerdo. En el otro lado, la memoria semántica registraría los procedimientos proporcionados por los rituales doctrinales, reiterativos y descontextualizados de tiempos y lugares característicos. Esta teoría ha experimentado una evolución, apreciable en su obra, desde su formulación original hasta su exposición en *Herencia*.

Las monografías etnográficas siempre han presentado un problema con la diacronía, que es el de su inherente falta de profundidad histórica. Tradicionalmente solían ser estampas coloristas de sociedades aparcadas en el tiempo, al margen del mundo moderno del etnógrafo, cuyo origen era casi desconocido y su destino disolverse en la modernidad colonial. Bien es cierto que la “descripción densa” propugnada por Clifford Geertz⁹ logró dotar de cierta profundidad temporal a muchas de las monografías posteriores que se inspiraron en su influyente trabajo, y que, por otra parte, Claude Levi-Strauss trató de invertir las relaciones de su disciplina con la historia, utilizando las obras de los historiadores como materia para su hermenéutica estructuralista.¹⁰ H.W. optó por una doble vía: en una primera fase, entregar su teoría de los “modos divergentes de religiosidad” a los historiadores para que comprobaran cuánto había de ella en sus propias investigaciones historiográficas; más adelante, el uso de la ciencia experimental, diseñando formas de evaluar la realidad de sus teorías y con el uso de grandes bases de datos y aparatos estadísticos sofisticados.

La evaluación histórica y la investigación experimental como metodologías

⁸ Formuladas por Endel Tulving, “Episodic and semantic memory”, en E. Tulving y W. Donaldson (eds.), *Organization of memory* (New York: Academic Press, 1972), 382-403; y revisadas por el mismo autor en *Elements of episodic memory* (Oxford: Clarendon Press, 1983).

⁹ Dos ensayos magistrales a este respecto: “Cetros, reyes y carisma. Una reflexión sobre el simbolismo del poder” (147-173) y “Conocimiento local: hecho y ley”, 195-263, en Clifford Geertz, *Conocimiento local* (Madrid: Paidós, 1994).

¹⁰ François Dossé, *Historia del estructuralismo* [2 vol.] (Madrid: Akal, 2004).

H.W. no se limitó a esperar la reacción a su teoría en los diversos foros académicos de su especialidad, sino que, con un afán por precisar su alcance real en otras áreas de los sistemas culturales, y convencido de que “lo que puede aplicarse a la observación etnográfica también puede aplicarse a los registros históricos” (*Herencia*, p. 25), la sometió a una evaluación rigurosa por especialistas de diversas disciplinas. A tal efecto, reunió tres talleres sucesivos, compuestos, cada uno de ellos por una docena de antropólogos (Universidad de Cambridge), historiadores y arqueólogos (Universidad de Vermont) y psicólogos y científicos cognitivos (Universidad de Emory, en Atlanta). Fruto de sus trabajos fueron tres obras de colaboración, editadas respectivamente por Whitehouse & Laidlaw,¹¹ Whitehouse & Martin,¹² y Whitehouse & McCauley,¹³ al término de los respectivos coloquios. Me interesaré brevemente en el segundo de ellos, coeditado por el historiador de las religiones de la Universidad de Vermont (emérito) Luther H. Martin, especialista en el periodo helenístico y los cultos de Mitra, uno de los primeros autores en utilizar el enfoque de las ciencias cognitivas de la religión para sus investigaciones y, posteriormente, editor fundador de la Revista de Historiografía Cognitiva.

Participaron como ponentes Steven Mithen y Karen Johnson, como arqueólogos de la Prehistoria antigua y reciente, respectivamente; Douglas L. Gragg y Roger Beck, especialistas en religiones grecorromanas; Anita Leopold, en el gnosticismo del siglo III; Ann L. Clark, conocedora del cristianismo bajomedieval, especialmente el monástico femenino; Ted Vial, de los cristianismos reformados del siglo XVI; Ulrich Berner, historiador de las religiones europeas; e Ilkka Pyysiäinen, académico en teología y religión comparada. Quizás el balance evaluativo de la experiencia no fue tan satisfactorio como quizás hubiera esperado H.W.; sin embargo, la toma de conciencia de las posibilidades de la empresa intelectual, así como “la potencial fecundidad de un encuentro interdisciplinario entre la ciencia cognitiva y el estudio histórico de la religión” (Ulrich Berner, en su colaboración a la obra), seguramente compensó el esfuerzo, a la vez que mostró una forma modélica de proceder en ciencias humanas. En cualquier caso, H.W. aprovechó la experiencia para publicar una reformulación de la teoría en su tercer libro individual.¹⁴ Tras ello, trasladó su evaluación empírica al territorio mismo donde se había llevado a cabo la evolución cultural.

La transición entre los modos de vida paleolíticos, caracterizados por reducidas bandas nómadas de caza recolectores, y los del sedentarismo agrícola de las primeras aldeas y ciudades ha sido un punto central del estudio del cambio cultural por arqueólogos y prehistoriadores a lo largo del último siglo. A este periodo prehistórico llevó H.W. sus “modos divergentes de religiosidad”, en su certeza de que el modo *imagístico* correspondía al desarrollo cultural propio de las pequeñas bandas paleolíticas, mientras que en el proceso de neolitización se habrían desarrollado rituales más frecuentes y reiterativos propios del modo *doctrinal*, y también más aptos para la coordinación, bajo

¹¹ Harvey Whitehouse y James Laidlaw (eds.), *Ritual and memory. Toward a Comparative Anthropology of Religion* (Walnut Creek, CA: AltaMira Press, 2004).

¹² Harvey Whitehouse y Luther H. Martin (eds.), *Theorizing Religions Past: Archaeology, History, and Cognition* (Walnut Creek, CA: AltaMira Press, 2004).

¹³ Harvey Whitehouse y Robert N. McCauley, *Mind and Religion: Psychological and Cognitive Foundations of Religiosity* (Walnut Creek, CA: AltaMira Press, 2005).

¹⁴ Harvey Whitehouse. *Modes of Religiosity: A Cognitive Theory of Religious Transmission* (Walnut Creek, CA: AltaMira Press, 2004).

un mismo gobierno, de poblaciones más amplias, heterogéneas y emocionalmente desconectadas entre sí. Las reflexiones del autor sobre esta cuestión están magníficamente recogidas en el capítulo cuarto de *Herencia*, donde relata su experiencia de campo en dos de los sitios prehistóricos más emblemáticos de esa transición, y a lo largo de sucesivas campañas: el centro ceremonial paleolítico de Gobekli Tepe y Çatalhöyük, el conjunto más grande y mejor preservado de la época neolítica de Oriente Próximo, ambos trabajos realizados en estrecha colaboración con sus respectivos directores de excavación –especialmente con Ian Hodder, director de excavación del segundo de los yacimientos. La bibliografía que figura en *Herencia* da cuenta de las publicaciones resultantes de estos trabajos.

Fue tras estas experiencias cuando las teorías de H.W. recibieron un poderoso respaldo teórico-empírico, a través de la publicación de las investigaciones de los psicólogos William B. Swann (Universidad de Texas, en Austin) y Ángel Gómez (UNED, en Madrid) sobre la “fusión de identidad”, desarrollada en un trabajo colaborativo de sus respectivos equipos de investigación en psicología social, suscitado a partir de los atentados del 11S (las Torres gemelas) y 11M (las bombas en los trenes de Madrid) respectivamente.¹⁵ De aquí partió una colaboración de H.W. con estos dos equipos (p. 250), y las ulteriores investigaciones de campo –y arriesgadas, tanto en lo intelectual como en lo personal– entre los rebeldes libios a Gadafi, que ocupan el capítulo tercero de *Herencia*, y que, de algún modo, se conectan con sus experiencias anteriores entre las tribus de Nueva Guinea Papúa.

La teoría de la fusión de identidad está produciendo una nueva comprensión, no sólo del fenómeno del terrorismo extremista en todas sus variedades, sino también de numerosas experiencias grupales –de corte sectario y a menudo violento–, tanto en el ámbito deportivo, social, político o religioso, que hacen uso de experiencias y rituales disfóricos un elemento de cohesión adicional para motivar la acción en sus respectivas actividades. Igualmente, ayuda a distinguirla del tipo de identidad más tradicional y mejor conocido anteriormente, formulado en la Teoría de la Identidad Social,¹⁶ según la cual la identidad grupal –convencional– surge y crece a expensas de la identidad individual, produciéndose una despersonalización creciente del individuo en el proceso. En la fusión de identidad conviven y se retroalimentan ambas identidades sin merma de ninguna. En esta área de la investigación psicológico-antropológica –y en esta distinción–, nuestro autor ha aportado una renovación metodológica y una interesante reflexión sobre sus posibles orígenes evolutivos, así como la evidencia de pertenecer al repertorio evolutivo de las estrategias de identidad social propio de los grupos pequeños, con su terminología de “parentesco ficticio”: hermandades, fratrías, cofradías, etc., aplicados a una amplia gama de actividades y cada vez más susceptibles de ampliarse, gracias a los actuales medios de comunicación.

Igualmente, hay que destacar de nuevo la vocación experimental de H.W., al proponer el uso de métodos cuantitativos en las ciencias humanas. Una disposición que sigue siendo casi insólita en una disciplina, como la suya, arrasada por la hermenéutica

¹⁵ Para una formulación revisada muy reciente, que amplía la que se recoge en *Herencia*, ver William Swann, Jack Klein, Ángel Gómez, “Comprehensive identity fusion theory (CIFT): New insights and a revised theory”, *Advances in Experimental Social Psychology*, [Vol.] 70, (2024): 275-332.

¹⁶ Henri Tajfel, John C. Turner, “An integrative theory of intergroup conflict”, in W. G. Austin, S. Worchel (eds.), *The Social Psychology of Inter Group Relations* (Monterey, CA: Brooks/Cole Eds, 1979), 33-47.

posmoderna y relativista, si bien más ampliamente utilizada en la historia, especialmente en áreas de la demografía y la historia económica. Sin embargo, resulta totalmente nueva en la historia cultural. Como señala *Herencia* en su prólogo,

Con la contribución de decenas de historiadores, classicistas, arqueólogos y antropólogos, hemos terminado con una vasta base de datos de información sobre el pasado de la humanidad que permite su análisis estadístico, lo que, a su vez, nos permite identificar los factores que han contribuido a impulsar el surgimiento de sistemas sociales cada vez más complejos (p. 27).

Para este proyecto –magníficamente descrito en el capítulo 5º– H.W. y su equipo se encomendaron a Seshat, la diosa egipcia de los archivos y la escritura, para crear “Seshat: Global History Databank” cuya finalidad es “testear teorías sobre la evolución de las sociedades humanas mediante la recopilación y el análisis estadístico de una vasta cantidad de información sobre la historia mundial”, y, específicamente, “determinar el papel que había desempeñado la religión en la evolución de la complejidad social” (p. 206). En esto contrasta con el mainstream de su disciplina, formada en la observación atenta –pero pasiva–, la descripción detallada –y a veces “densa”–, y la teorización ocasional –a veces desbocada–. En contraposición a esto, H.W. preconiza y defiende la explicación científica –es decir, empírica y experimental– de los fenómenos socioculturales. De tal modo, *Herencia* se puede leer como un libro de alta divulgación, trufado de aventuras personales y también científicas, siempre a la búsqueda de aquellos colaboradores más capacitados que pudieran ayudarlo a diseñar los experimentos más adecuados para evaluar sus hipótesis, en su permanente búsqueda de patrones de recurrencia en el comportamiento humano. Este enfoque, que lo denomina “visión interaccionista”, situado entre los enfoques interpretativo y científico experimental, en cuyo esfuerzo de décadas su obra es un ejemplo.¹⁷

***Herencia*, la evolución de la humanidad en tres sesgos**

Con todo lo anteriormente dicho, sólo queda añadir algunas palabras sobre la estructura de este libro. *Herencia* tiene un desarrollo doblemente ternario: tres argumentos explicativos –sesgos– que se despliegan a lo largo de tres secciones: la primera, en la que explica la filogenia de cada sesgo, vale decir su naturaleza; una segunda, que muestra la evolución de cada sesgo en las etapas clave de la transición de las sociedades de caza-recolectores a las de agricultores; y una tercera –más un epílogo– en la que no sólo observa sus manifestaciones en las últimas décadas de nuestro tiempo, sino que entrevé soluciones sociales prácticas para el presente y el futuro en cada uno de sus apartados.

De entre los numerosos rasgos que las sociedades humanas han desarrollado a lo largo de su evolución, H.W. ha elegido los tres de entre ellos que, para él, han tenido mayor peso en modelar las estrategias con las que conformar y facilitar la cooperación entre grupos no emparentados entre sí, y mantenerlos cohesionados: conformismo, religiosidad y tribalismo. Conceptualmente, los sesgos aludidos son tendencias del comportamiento arraigadas en la arquitectura psíquica humana a lo largo del proceso evolutivo de hominización. Estos sesgos tienen efectos conductuales, desarrollos en la

¹⁷ Para una reflexión reciente en este sentido, véase Harvey Whitehouse, “Against Interpretive Exclusivism”, *Journal of Royal Anthropology Institut*, 31 (2024): 645-662.

educación y consecuencias socioculturales, pero su predisposición se transmite genéticamente, dentro del nicho ecológico y biológico-cultural en el que han evolucionado, como se ha señalado aquí antes.¹⁸ Lo sabemos porque se manifiestan muy tempranamente en la primera infancia –como muestran algunos experimentos en este libro–, y se van perfeccionando mediante la observación, el auto adiestramiento, la educación y la interacción social durante la infancia y la juventud.

La evolución de estos sesgos –o predisposiciones y capacidades típicas de nuestra especie– se han transformado sucesivamente a lo largo del proceso, pero el mayor peso, por su duración, se llevó a cabo en los pequeños grupos del largo periodo paleolítico. Es entre estos donde H.W. aplica la aparición del *modo imagístico de religiosidad*. Con el cambio climático del Holoceno, todo el aparato psíquico fue reorientándose para facilitar la construcción de entornos de sedentarización y, posteriormente, la creación de sociedades a gran escala, urbanas y estatales, en las que la interacción cara a cara era cada vez menos frecuente. No hubo aparición de nuevas capacidades, sino que las existentes bastaron. Todo ello fue el producto tanto de la gran plasticidad y polivalencia de estos sesgos, como de la gran destreza de nuestra especie en su uso y adaptación a situaciones cambiantes e imprevistas. Quizás lo más sorprendente de esta evolución es el traslado de su capacidad para dotar de cohesión a grupos pequeños, a través de la interacción en experiencias compartidas, para adaptarlas más adelante a situaciones de anonimato social, por medio de la construcción de redes simbólicas de significado, interactuando por medio de ideas, palabras y artefactos, capaces de unir con ellos a comunidades cada vez más amplias y anónimas. Este proceso de coordinación de sociedades más amplias fue posible mediante la creación de nuevas ideas y creencias *doctrinales*, recogidas y almacenadas en la memoria semántica, pero también –llegado su momento histórico– de nuevas formas de almacenamiento y transmisión, como es la escritura y otras formas de notación.

Conclusiones

La lectura de este magnífico libro también suscita algunos reparos. Su inquieto autor da cuenta de una ingente cantidad de experimentos e investigaciones que parecen transmitir la idea de una ciencia a punto de explicar todos los secretos de la existencia humana. Nada más lejano a la realidad. Afortunadamente, cada uno de los párrafos que componen el libro es un campo de discusión permanente y fructífero, en unos foros académicos que debaten diferentes perspectivas de cada uno de sus aspectos. Todas las teorías son controvertidas, y constantemente se publican artículos y libros dando cuenta de los debates existentes y de la disparidad de las propuestas. Eso es lo que a menudo se encuentra debajo y detrás de la divulgación.

Otra deficiencia que se puede achacar a su autor, además del excesivo optimismo de su enfoque, es cierta tendencia reduccionista, que le lleva –no sólo ahora, sino en obras anteriores– a simplificar en exceso sus propuestas teóricas, con la que se lanza, con demasiada premura, a proponer soluciones al mundo actual y futuro a partir de unos modelos cognitivos apasionantes y bien fundamentados, pero que están todavía en

¹⁸ Para una estupenda exposición de la evolución bio-cultural, véase Fiona M. Jordan et alii, “Cultural Evolution of the Structure of Human Groups”, en Peter J. Richerson, Morten H. Christiansen (eds.), *Cultural Evolution. Society, Technology, Language, and Religion* (Cambridge MA: The MIT Press, 2013).

evolución y distan mucho de aportar un conocimiento definitivo de la realidad sociocultural y política de nuestro tiempo.

Otro aspecto que admite crítica es que, a pesar de toda la interdisciplinariedad que su obra exhibe –ya se le ha alabado en ese aspecto desde estas páginas–, en ningún momento parece tener conocimiento de las aportaciones de la amplia disciplina que hoy suponen los estudios de la Memoria Cultural, ni en sus formulaciones más clásicas de Jan Assmann, ni de sus discípulos o seguidores. Especialmente llamativo es su desconocimiento de Jan Assmann, egiptólogo, estudioso de las religiones y de su transmisión cultural. Especialmente, sus trabajos sobre la religiosidad en la Era Axial son ignorados, a pesar de que H.W. cita este concepto casi medio centenar de veces en *Herencia*. No es, sin embargo, la única omisión que comete de este tipo, ya que no es infrecuente la omisión de autores reconocidos que en otras reseñas de sus obras se le achacan. No obstante, como suele decirse, somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras afirmaciones.

En cualquier caso, nada de esto ensombrece la obra de Harvey Whitehouse, uno de los autores más relevantes de las ciencias cognitivas del momento, gracias a cuya contribución estas ciencias se han convertido en un novedoso campo investigación interdisciplinario, colectivo, científico, favorable a la polémica intersubjetiva, y que –y este es el objetivo principal de esta reseña– puede suscitar el interés del historiador. Tanto de aquel que esté centrado en las religiones como objeto principal de su investigación, pero también para el de aquellos periodos de la historia en los que la religión jugó un papel preponderante, o en aquellos en los que la seguridad, defensa y bienestar de los individuos dependía en mayor medida que en nuestro tiempo de su capacidad de crear redes de solidaridad.

A lo largo de toda su obra publicada, WH tenía demostrada su capacidad para la investigación científica en antropología, psicología evolutiva y ciencias cognitivas. Ahora, también nos muestra su habilidad para comunicar la ciencia, para divulgarla entre un público interesado, pero no especializado. Los lectores hispanos deberán acompañar al autor en su agradecimiento a “Rowan Borchers, mi editor en Penguin Random House, por (...) animarme a escribir este libro. Y también por haberme desarmado totalmente el primer borrador que presenté, más de un año después, y ayudarme a entender cómo reestructurarlo de la mejor manera posible” (p. 390). Estoy convencido de que sin esta reelaboración este libro no habría llegado nunca en su versión en lengua hispana a nuestras librerías.

En definitiva, una obra de alta divulgación científica, imprescindible para conocer y profundizar en las nuevas ciencias cognitivas aplicadas a las humanidades y, además, escrita con un estilo narrativo dinámico, de prosa ágil y fácil lectura; como debe ser –al igual que la buena cocina– la buena literatura de divulgación: con buena presentación y sabor, pero nutritiva y digestible.

Rafael Cueva Calabia
Universidad de Zaragoza (España)
Rafael Cueva 544283@unizar.es
ORCID ID: 0009-0009-8125-710X

Fecha de recepción: 22 de diciembre de 2025

Fecha de aceptación: 26 de diciembre de 2025

Fecha de publicación: 31 de diciembre de 2025.

Para citar este artículo: Rafael Cueva Calabia, “Entre la hermenéutica, la experimentación y la historia”. Reseña de Harvey Whitehouse, *Herencia. Los orígenes evolutivos del mundo moderno*. Barcelona: Debate (Penguin-Random House), 2025, 440 págs.”, *Historiografías*, 30 (julio-diciembre 2025), pp. 147-157.